

Encuentro de Lectura: ***Las imprescindibles***

- Lunes 06/marzo de 12.00 a 13.30 hs - Biblioteca Ingenieros Río y Achaval. Ciudad Universitaria.
- Martes 07/marzo de 12.00 a 13.30 hs - Biblioteca Prof. Dr. Ricardo Luti. Sede Centro -



Desdoblamiento de personalidad ("Split personality"). Gertrude Abercrombie. 1954.
Localización: DePaul Art Museum (Chicago).
<https://painthealth.wordpress.com/2016/11/23/desdoblamiento-de-personalidad/>

La propuesta consiste en reunirnos a compartir una selección de textos extraídos del libro *“Teoría de la gravedad”* de la periodista y editora Leila Guerriero. El libro es una recopilación de sus columnas publicadas en *El País* desde 2014.

Los textos seleccionados en este corpus de lectura tienen como eje en común la reflexión sobre los mandatos sociales y los roles de la mujer en la actualidad. Nos proponemos invitar al debate y a la reflexión sobre cuáles son los mandatos y estereotipos asociados al género con relación a los modos de construir vínculos y encarnar roles temáticos tales como “hija” “novia” “esposa”, entre otros.

La actividad estará coordinada por el **Taller de Escritura Creativa La Máquina de Decir** (Dirección de Cultura - SE - FCEFYN) y el **Espacio de Asesoramiento y Prevención de Violencias de Género, Situaciones Discriminatorias y Maltrato** de la FCEFYN.

Dinámica del encuentro:

1º: presentación del espacio y sus participantes

2º: lectura colectiva de los textos

3º: debate y reflexión sobre lo leído

4º: Coffee break

5º: registro colectivo escrito en formato “cadáver Exquisito”

El objetivo de esta actividad es acercarnos a la lectura como una práctica propia y a la vez colectiva que nos permita sentir y reflexionar en comunidad sobre nuestros modos de estar en el mundo siendo mujeres.

El encuentro está destinado a toda la comunidad de la FCEFYN con el fin de conocernos y compartir interclaustró.

Las imprescindibles busca ser un conjunto de voces de mujeres que crean, una invitación a transformar nuestras propias historias, a construir arte, ciencia, y tecnología.

Transitamos desde aquí con otras. La salida siempre es colectiva.

Somos mujeres, somos comunidad FCEfyN

Leila Guerriero (Junín, Argentina, 1967) es periodista y editora. Publica en diversos medios latinoamericanos y españoles. Sus trabajos han recibido varios premios y es autora de más de una decena de libros, entre los que destacan *Los suicidas del fin del mundo* (2005), *Una historia sencilla* (2013) y *Opus Gelber* (2019). Su obra ha sido traducida al inglés, italiano, portugués, alemán, francés y polaco. *Teoría de la gravedad* (Libros del Asteroide, 2019), una recopilación de sus columnas publicadas en *El País* desde 2014, es su último libro.

EL PACTO

Aquí estoy yo, otra vez, arrastrándome en el pantano de los rotos o flotando feliz en la euforia de los vivos, idéntica a mí, la muy sincera, la muy falsa, la esquiva, la insensible, la mísera, la idiota, la astuta, la excesiva, la austera, la retrógrada, la feminista, la jurásica, la iracunda, la violenta, la agresiva, la suave, la tan suave, aquí yo, yo, yo, la egocéntrica, la narcisa, la modesta, la muy humilde, la tan humilde, la soberbia, la confundida, la preclara, la confusa, la confesa, la caníbal, la cobarde, la cursi, la que habla de sí, la que no habla de sí, la que sólo habla de sí, la impávida, la fría, la muy cálida, la kitsch, la ruda, la bruta, la brutal, la que vive en sosiego, la desasosegada, la que te tiene harto, la que no sabe lo que dice, la que no dice lo que sabe, la que lo cuenta todo, la que no cuenta nada, la que lo cuenta todo pero no cuenta nada, la que no sabe escribir, la que escribe como puede, la que no escribe en absoluto, la que no piensa, la que no sabe pensar, la enredada, la vacua, la precisa, la

justa, la tan justa, la honesta, la muy insoportable, la rastrera, la infame, la insumisa, la blasfema, la que pide y no da, la que da pero no quiere, la que lo quiere todo, la que nunca da explicaciones. “Mi propósito –dice Balder, uno de los personajes de El Amor Brujo, del escritor argentino Roberto Arlt- es evidenciar de qué manera busqué el conocimiento a través de una avalancha de tinieblas y mi propia potencia en la infinita debilidad que me acompañó hora tras hora”. “Poco a poco tendré que ir saqueando mi propia vida para ofrecerla al mejor postor”, escribe Andrés Felipe Solano en Corea, apuntes desde la cuerda floja. Vengo aquí. Saqueo mi vida. Ahí la tienen. ¿Para qué la quieren? Yo, a veces, la prendería fuego.

Supongo

Supongo que creen que siempre tendrán ganas de comprar los primeros jazmines de la primavera. De llenar la casa de flores. De estrenar ropa. Supongo que creen que siempre tendrán deseos de vivir un tiempo en un país extranjero. De tomar un tren. De salir con

amigos. De ir a bares, al cine, a la montaña, a pasar diez días junto al mar. Supongo que creen que siempre querrán viajar a Nueva York, conocer las islas Fidji. Ir a Laos y a Myanmar. Mirar caballos sueltos en el campo. Escuchar música, podar las plantas cuando sea la época, hacer regalos. Supongo que creen que siempre querrán cocinar para alguien, vestirse para alguien, tener sexo con alguien, despertar con alguien, decirle a alguien "Me importás mucho". Dormir abrazados. Supongo que creen que siempre tendrán afecto y que lo querrán. Vida y que la querrán. Días por delante y que los querrán. Supongo que creen que siempre sentirán el tirón del deseo, que siempre responderán con la caballería del entusiasmo. Que nunca se mirarán al espejo y

pensarán “lo mejor ya pasó y ni siquiera me di cuenta”. Supongo que creen que nunca estarán cansados. Cítricamente cansados. Como una piedra muerta. Supongo que creen que la vida les va a durar toda la vida. Que la alegría les va a durar toda la vida. Supongo que suponen que nunca estarán unidos a cada una de las horas por el hilo flojo de la desesperación. “Vas a dejar cosas en el camino / hasta que al final vas a dejar el camino. / Vas a estar estancado pero sin cultivar enfermedad. / No te vas a pudrir, ni vas a provocar fermentación. / Lo que renueves, se renovará por sí. Lo que no circules, se renovará por sí. / No vas a promover conflictos: / nadie se pelearía por vos. Vas a carecer de valor”, escribe el poeta argentino Mariano Blatt. Nadie nos advierte, pero el infierno vive en nosotros bajo la forma de la indiferencia.

Era la vida

Debería, por ejemplo, empezar por viajar más, por viajar menos, por no viajar en absoluto. Debería hacer las paces con mi padre, debería depender menos de mi padre, debería ver a mi padre más seguido. Debería salir de esta casa en la que paso

tanto tiempo sola, debería quedarme en casa y no salir a aturdirme con gente que no me importa en absoluto. Debería terminar mi novela. Debería renunciar a este trabajo que detesto. Debería ir a bailar antes de ser el más viejo de la discoteca. Debería divorciarme. Debería empezar a usar toda esa ropa que hace años que no uso. Debería ir a recitales. Debería invitarla a cenar, invitarlo a un bar, decirles que soy gay. Debería parar con la cocaína. Debería probar alguna vez un trago, debería beber menos, debería dejar de beber. Debería aprender a tocar la guitarra. Debería ir a África mientras todavía puedo caminar. Debería cambiar de analista, conseguir un analista, dejar de ir al analista. Abandonar las pastillas.

Ceder. No ceder. Arrojarme en paracaídas, tomar un curso de buceo, poner un hotel en la montaña, un bar en una playa de Brasil. Ir más despacio, ponerme en marcha, no mirar atrás. A fin de año, más que nunca, la vida no es la vida sino una patética declamación de buenas intenciones, una renovación del permiso de postergarlo todo, una fe idiota en que nunca será demasiado tarde para nada. «Toda la inmortalidad que puedes desear está presente / aquí y ahora», escribió el poeta chileno Gonzalo Millán en

Veneno de escorpión azul, su diario de vida y de muerte, y esa bestia terrible de la poesía, la uruguaya Idea Vilariño, dijo, mejor que nadie, peor que nunca: «Alguno de estos días / se acabarán las bromas y todo eso esa farsa esa juguetería *las marionetas sucias* los payasos / habrán sido la vida».

INSTRUCCIÓN 1

Vaya hasta la sala de su casa. Déjese caer en un sillón. Él va a llegar poco después. Mire por la ventana, como si intentara que él se diera cuenta de que usted es el pararrayos de la melancolía de todo el universo. Él va a preguntar: “¿Qué pasa?”. Piense: “Que todo lo que me gusta de vos ha desaparecido”. Diga: “Nada, ¿por?”. Él va a decir: “Estás pensativa”. Sienta que la garganta se le cierra como si un puño intentara atravesarle la tráquea. Él va a decir: “¿Querés que vayamos a un bar, al cine?”. Diga: “No tengo ganas”. Él va a decir “Como quieras”. Sienta ira. Pregúntese por qué él no insiste. Sienta que sus pensamientos se confunden como insectos histéricos. Sienta deseos de beber, de fumar. Pregunte: “¿Compraste algo para la cena?”. Él va a decir: “No, ¿vos?”. Diga: “No”. Él va a decir: “No importa. Comamos cualquier cosa”. Diga: “Bueno”. Mire cómo él se pone de pie y

va hacia la cocina. Sienta que la tristeza es un río barroso del que usted ya no va a salir nunca. Póngase de pie. Camine hacia la cocina. Él va a estar mirando el diario. Sienta que su vida es perfecta — estupendo trabajo, casa impecable—, pero que cualquiera tiene una vida mejor que la suya. Sienta una rabia seca. Piense: “Quiero abrirme un hoyo en la mano”. Piense: “Él no se daría cuenta”. Quiera sangrar profusamente. Diga: “¿Querés vino?”. Escuche cómo él dice: “No, gracias”. Abra un cajón y, al cerrarlo, empújelo con fuerza excesiva. Vea cómo él levanta la cabeza. Diga con furia, como si fuera un canto guerrero: “Yo sí”. Abra una botella. Escuche cómo él dice: “Amor, no te preocupes. Todo va a estar bien”. Sienta que los ojos le queman. Pregúntese: “¿Esto que siento es odio?”. Sienta que es necesario decir algo. Guarde silencio. Piense: “¿Esto que siento es desprecio?”. Empiece a cocinar.

INSTRUCCIÓN 2

Piense: “De modo que así es como me empiezo a quedar huérfana” Mírese al espejo del baño. Repase el delineador, el rímel. Piense: “Debo ponerme los aros que me regaló”. Vaya hasta su cuarto, búsquelos, póngaselos. Tome su bolso, salga de la casa, suba a un taxi, dígame al taxista el nombre del hospital. En el hospital, haga el camino que conoce de memoria. Golpee la puerta suavemente, abra. Respire la atmósfera de la habitación, cargada de olor a sábanas limpias. Piense, como piensa siempre: “Qué linda luz”. Salude

a su madre, sentada junto a la cama. Vea cómo le indica que no haga ruido porque su padre, después de una noche de dolores sangrientos, duerme. Pregunte, como siempre pregunta, cómo está. Escuche, como siempre escucha, la misma respuesta. Siéntese. Mire a su padre en esa cama en la que lleva ya dos meses. Siéntase irritada. Pregúntese: “Para qué vengo, si no puede verme”. Piense: “Si yo estuviera en su lugar, él elegiría morir por mí”. Piense: “Me aburro”. Converse con su madre de cosas que no le interesan. Al cabo de dos horas, mientras su padre aún duerme, salga de la habitación. En el pasillo, encuéntrese con el médico que lo atiende. Pregúntele cuánto tiempo le queda. Escuche cómo el médico le dice: “Poco”. Sienta alivio y sienta pánico y sea descortés: márchese sin saludarlo. Tome el ascensor, salga a la calle, suba a un taxi, regrese a su casa. Después de cenar, al acostarse, apague el teléfono móvil. Piense: “Así evitaré que suceda esta noche”. Piense: “Soy una idiota”. No pueda dormir y, en algún momento, duérmase. Tenga sueños fangosos. Despiértese a las tres de la madrugada con el sonido del teléfono fijo. Deje que suene dos, tres, cinco veces. Salga de la cama. Camine hasta la sala. Levante el tubo. Diga, horrorizada: “Hola”. Piense: “De modo que así es como me empiezo a quedar huérfana”.

INSTRUCCIÓN 3

Cuando esté solo nuevamente diga, en voz alta: "Soy patético". Sonría. Siga escribiendo hasta el final de la noche. Siéntese en su estudio. Intente escribir. Escriba. Borre. Dígase a sí mismo: "Esto está muerto". Dígase: "Estoy muerto". Levántese. Vaya a la cocina y haga un té. Bébalo mirando por la ventana, enloquecido por la lentitud del mundo. Pregúntese cuándo fue la última vez que escribió algo bueno. No se atreva a pensar una respuesta (pero sepa que la respuesta es: "La semana pasada"). Pase los tres días siguientes intentando escribir. Fracase. Siéntese cada tarde a leer fragmentos de cosas que haya escrito antes. Dígase: "Ya no podré volver a hacerlo". Ante su mujer, muéstrese hosco. Cuando ella pregunte qué le sucede, responda: "No puedo escribir". Cuando ella diga: "No te preocupes, cada tanto te pasa", responda: "Esta vez es definitiva". Cuando ella diga, cariñosa, divertida, "Siempre decís lo mismo", trátela mal. Dígale que ella no sabe nada, porque no escribe. Dígale: "Nadie puede hacer nada por mí". Cuando deje la habitación, ofendida y después de mirarlo con furia, siéntase culpable, pero no vaya tras ella. Sobre todo, no pida disculpas. En la noche, al acostarse a su lado, diga "que descanses", como si fuera el saludo de un desahuciado. Pase dos o tres días bebiendo mucho. En las mañanas, apenas despertar, sienta el peso de la angustia como un pájaro muerto sobre el pecho. Acuéstese temprano, vacío, aburrido, sin saber qué hacer. Al cabo de dos semanas, lea, dentro de

su cabeza, una frase. Corra a su estudio. Siéntese. Abra la computadora. Escriba. Escriba más. Escriba durante dos horas. Al terminar, sienta hambre, ganas de tener sexo y de gritar. Llame a su mujer, léale lo que ha escrito en voz alta, vea cómo ella se emociona. Piense: "Soy patético". Cuando esté solo nuevamente diga, en voz alta: "Soy patético". Sonría. Siga escribiendo hasta el final de la noche.

INSTRUCCIÓN 4

Sienta que nada tiene sentido y que no lo tendrá por mucho tiempo. Dígale adiós en un aeropuerto (o en una estación de tren, o de autobuses). Después, camine hacia la salida y no se dé vuelta. Repase los últimos rastros de su olor en la memoria (recuerde el último beso). Pregúntese si ella se habrá dado vuelta. Dese vuelta. Vea cómo ella ya ha desaparecido. Camine hacia la salida. Sienta una opresión en el pecho. Piense: "Si esto fuera una película, yo debería correr hacia ella y ella debería estar corriendo hacia mí". Siga caminando; esto no es una película y usted no tiene tiempo que perder: debe empezar a sufrir. Sufra. Diga: "Hola, aquí está el dolor". Diga: "Hola, bienvenido dolor". Sepa que sentirá eso durante mucho tiempo. Pregúntese si va a soportarlo. No encuentre respuesta. Camine hacia la calle. Encienda un cigarrillo. Sienta náuseas. Piense: "El tiempo pasó demasiado rápido". Sienta que sería capaz de recordar todos los días que pasaron juntos, hora tras hora. No lo haga: déjelo para después, para cuando su ausencia se vuelva insoportable. Camine hasta el auto. Meta la llave en la cerradura. Abra la puerta. Piense: "Hace media hora estábamos aquí". Respire el aire de la cabina. Mire el

asiento trasero, donde hasta hace poco estaba la valija. Sienta cómo cada poro de su cuerpo se abre como una boca llagada. Pregúntese qué estará haciendo ella ahora. Pregúntese si pensará en usted. Pregúntese cuándo va a volver a verla. Pregúntese si volverá a verla. Suba al auto. Ponga el auto en marcha. Salga del estacionamiento. Respire. Mírese en el espejo retrovisor. No se reconozca. Piense: "Ese no soy yo". Diga en voz alta: "Te necesito". Diga en voz alta: "Te extraño". Maldígase. Sienta que nada tiene sentido y que no lo tendrá por mucho tiempo. Piense en morir. Elija no morir. Siga adelante.

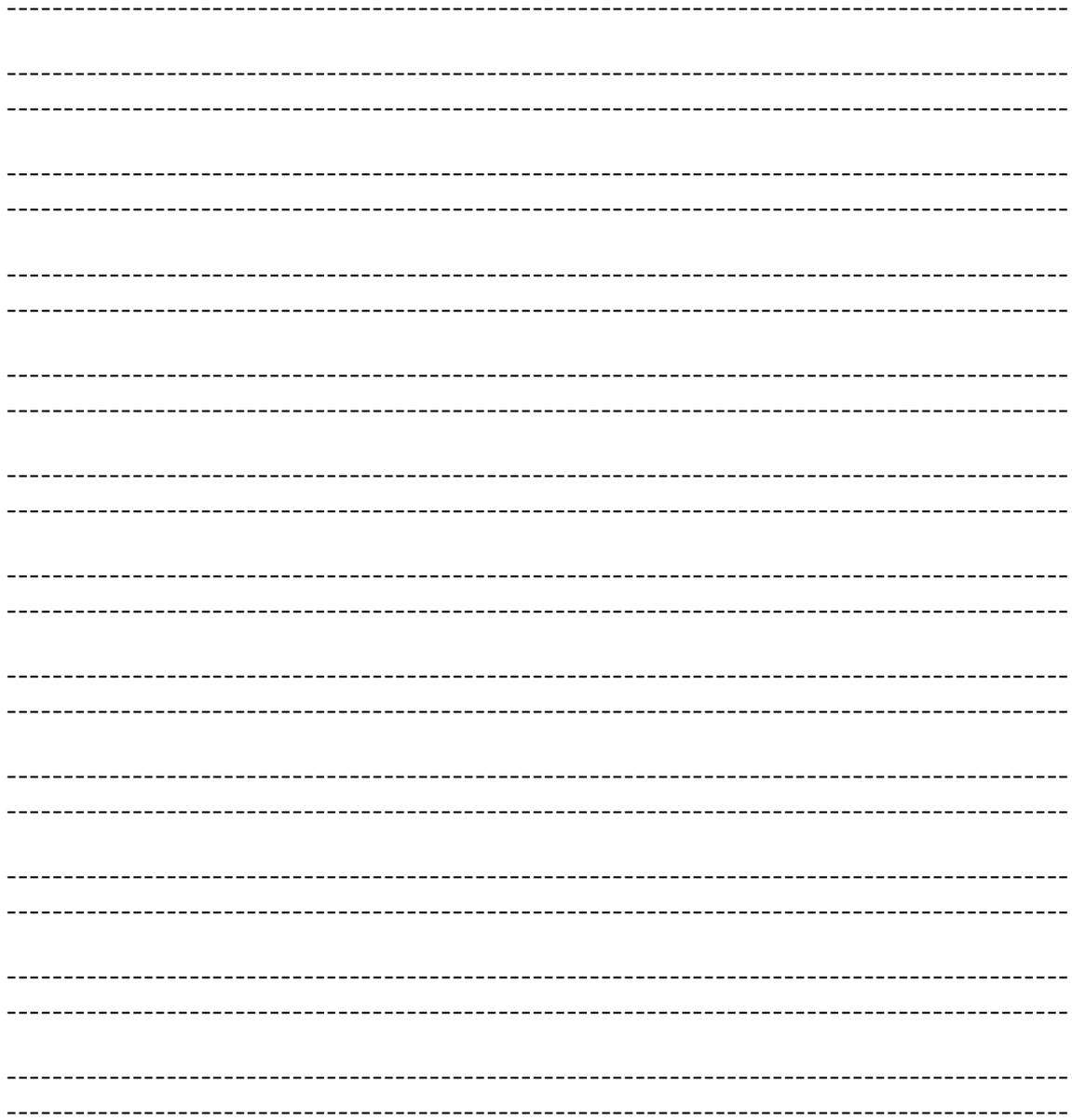
Mamita

Mi madre como mami, te quiero. Mi madre como mami, sos lo más lindo del mundo. Mi madre como feliz día, mami. Mi madre como por favor, mami, basta, no me grites más. Mi madre como no ves, tarado, que no servís para nada. Mi madre como mi chiquito, pobre, siempre tan tonto. Mi madre como sos una inútil, te dije que trajeras leche entera, no descremada, ahora vas y la devolvés y no llores porque encima te vas a ligar una cachetada. Mi madre como callate, mariquita. Mi madre como tengo cosas más importantes que hacer que ocuparme de tus pavadas. Mi madre como sos un fracaso. Mi madre como si no tenés zapatos es por culpa del hijo de perra de tu padre, que no me pasa plata. Mi madre como qué papelón que hiciste en el acto del colegio cuando te olvidaste la letra, que sea la última vez que me hacés eso, ¡oíste? Mi madre como un hijo mío no se mea en la cama. Mi madre como una hija mía no sale así a la calle. Mi madre como qué carajo te hiciste en el pelo, ridícula. Mi madre como callate, infeliz, siempre hablando estupideces. Mi madre como no servís para nada. Mi madre como no sé para qué te parí. Mi madre como soy tu madre y sos mío, mía, de mí, para mí, por mí, mi pequeño juguete de carne, mi insecto, mi muñón, mi pedazo de nada. Leí un poema de Louise Glück — «desde el principio,/ desde niña, creí / que el dolor quería decir / que no me amaban. / Que amaba, quería

decir» — , y me pregunté con cuánta vida se pagan esos golpes que no dejan marca ni los huesos rotos. Cuánto habría que vivir - y cuánto coraje sería necesario - para entender que lo que más amamos, y lo que más nos ama, es, también, lo que mejor nos aniquila.

Leila Guerriero

Del libro Teoría de la gravedad, Libros del Asteroide, 2020



Equipo Técnico de Asesoramiento y Prevención de Violencias de Género, Situaciones Discriminatorias y Maltrato

generoyviolencias@fcefyn.unc.edu.ar

María Fernanda Martellotto: fernanda.martellotto@unc.edu.ar

María Laura Quinteros: laura.quinteros@unc.edu.ar

Taller Escritura Creativa: La Máquina de Decir

María del Rosario Ortiz: rosario.ortiz@unc.edu.ar

